

rios lazos realzados de oro, y su capilla mayor se puede decir que es una pía de ese precioso metal, que la esclarece con su resplandor. Están pendientes en ella más de sesenta lámparas de plata, sin otras figuras de milagros que por medio de esta sagrada Imagen tiene obrados la Virgen Madre de Dios, que está colocada en un hermosísimo tabernáculo de plata en medio del altar mayor, y de su retablo, que es de tres cuerpos, de primorosa arquitectura y excelentes pinturas. En lo demás que pudiera escribir de ornato y ornamentos sagrados, joyas y preseas con que está enriquecido este insigne Santuario, visitas que á él hacen los ciudadanos de México y obras milagrosas que ha obrado la Virgen en su favor, me remito á lo que queda escrito del primero de Nuestra Señora de los Remedios, porque en todo es semejante, y en uno y otro Santuario se muestra la Virgen una misma en amor y hacer mercedes á su imperial ciudad de México, de la cual desde el principio de su conquista y conversión á nuestra santa fe se encargó. Y á la cual podemos dar glorioso título de ciudad de la Virgen, pues con su amparo se ganó y conserva. Y aunque lo dicho bastaba para hacer dichosa é insigne á esta ciudad entre las demás del Orbe, todavía faltaban por decir otras de sus felicidades y grandezas: estas son el haber sido la primera que en el Nuevo Mundo de la América y tierra firme de las Indias se redujo á nuestra santa fe, y donde de propósito se predicó, y de la cual se ha ido extendiendo la predicación evangélica á todas sus dilatadas Provincias, prosiguiendo hoy esta divina predicación á la parte del Norte por regiones incultas y bárbaras, sin parar, como largamente escribí en nuestra Historia de los triunfos de la Fe. Y demás de haber sido la primera que recibió salud del Evangelio, y haberlo dilatado en sus grandes Provincias, lo ha comunicado á las más remotas islas del Mundo, cuales son las Filipinas, las cuales están pobladas de hijos de la ciudad de México, y de varones ilustres de las sagradas Religiones, que saliendo de México han sido los que han plantado, y con su predicación evangélica sustentado la fe en regiones que por aquella parte son los fines del Mundo.

Y remato este largo capítulo de las grandezas de la ciudad de México, dando razón de haberme dilatado en ellas, no obstante que pudiera escribir mucho más de sus grandezas; y para haberme alargado en las que he escrito, me han forzado dos obligaciones: La primera, porque se sepan las misericordias que Dios y su santísima Madre han obrado en la fundación de su santa fe en este Nuevo Mundo, y porque sea conocida la grande devoción que con esa Señora y Reina del Cielo resplandece en este Reino. La segunda razón de haberme detenido en esta descripción de México, es porque en esto he pagado algo de la deuda que reconoce nuestra Compañía á tan ilustre ciudad, de la cual fué recibida con tan grande devoción, amor y benevolencia como se comenzará á ver en el capítulo siguiente, y después por todo el discurso de esta historia.

## CAPITULO XII.

LLEGAN NUESTROS RELIGIOSOS Á MÉXICO Y HOSPÉDANSE  
EN EL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA,  
Y PRESENTANSE AL VIRREY CON CÉDULA DE S. M. QUE SE PONE  
Á LA LETRA.

Habiendo sido recibidos nuestros religiosos con tan grande caridad (como queda referido dos capítulos antes), en la ciudad de los Angeles, y habiendo deseado y pretendido esta ilustre ciudad el quedarse con algunos de ellos, lo cual no se concedió por la razón que allí se dijo, salieron para México, cuyos vecinos y personas principales, entendido que venían caminando, trataron de disponer un muy solemne recibimiento. A éste daban calor, así los señores Inquisidores como otros personajes de autoridad; pero como en él concurría mucho más de grandeza y pompa secular, que de la humildad y santa modestia que profesa nuestra Compañía, atendiendo á ella los Padres, trazaron y apresuraron de suerte su jornada, que vinieron á entrar á la ciudad tan de noche que no fueron sentidos. Fuéronse derechos al hospital de Nuestra Señora, que en México dijimos haber fundado el Marqués del Valle, hospedaje que habiéndose anticipado tenía prevenido el P. Sedeño.

Pasada la noche del 26 de Septiembre, año de 1572, habiendo amanecido el día siguiente de los Santos Cosme y Damían (día dichoso para la Compañía de Jesús, en que 32 años antes había sido confirmada por la Santa Sede Apostólica), se publicó en México cómo nuestros religiosos habían llegado con todo secreto. De lo cual unos se admiraban, otros de buen entendimiento se edificaron de su silencio y modestia, tanto mayor cuanto más público y honroso era el aparato que se prevenía para su recibimiento. Esto mismo fué causa del general concurso de todo género de personas que á todas horas les venían á dar la bienvenida. Pero quien más de los eclesiásticos se señaló entre todos, fué el señor Inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que después fué Arzobispo de esta ilustre ciudad. El Cabildo de la Iglesia Catedral, que la gobernaba en Sede vacante, envió dos Prebendados que de su parte significasen á los Padres cuán grata les era su venida á este Reino, y ofreciéndoseles para lo que les fuese necesario. Cuando supo el Virrey D. Martín Enríquez (el nombrado en todas las Indias por su excelente y señalado gobierno), de la llegada con tanto silencio y del hospedaje humilde que habían escogido los Padres, dijo que bien parecían hijos de su Santo Padre y Fundador Ignacio. Y no será razón que yo deje de decir aquí que fué dicha de la Compañía haber llegado á este Reino cuando lo gobernaba un príncipe de tan eminente gobierno, que la grande prudencia del Rey Felipe II quiso que sus ordenanzas se tuviesen por inviolables, y así se lo mandó después al santo Conde de Monterrey, cuando lo envió á gobernar esta nueva monarquía. Trataron luego los Padres de ir á presentarse á su Señoría (uso del término y cortesía que en aquel tiempo se daba á



los Virreyes, que después se mudó en Excelencia): llegando, pues, los religiosos á Palacio, y habiéndole dicho al Virrey que el P. Pedro Sánchez venía por Provincial (á quien su Señoría había conocido en Valladolid, por persona de tantas partes y autoridad, aunque por el nombre le parecía ser él, dudaba que aquella Provincia se hubiese privado de sujeto tan importante). Pero viéndole de lejos y reconociéndolo, dijo á los presentes ser el mismo, y lo salió á recibir y abrazar con singular afecto y muestras de mucha benevolencia, significando mucha alegría de que la Compañía viniese á este Nuevo Mundo, y que pudiese gozar de su doctrina la ciudad de México y su Reino, ofreció su favor y ayuda para todo lo que fuese á propósito de su acrecentamiento y buen asiento. El Padre Provincial, con palabras humildes dando gracias por el favor que hacía su Señoría á la Compañía, á él y á los compañeros que consigo traía, ofreció y prometió su trabajo, cuidado é industria para emplearse todos en lo que fuese servicio de las dos Majestades del cielo y de la tierra, y en mayor utilidad del Reino, significando ser ese el fin é intento con que venían de España. Entregó una cédula, que en conformidad de esto traía del Rey para su Señoría, de la cual en reconocimiento de lo mucho que á los Reyes Católicos de las Españas ha debido nuestra Compañía, pondré aquí un capítulo á la letra, que dice así:

«Sabreis cómo Nos tenemos gran devoción á la Compañía de Jesús, y á esta causa, por la grande estima que de la vida ejemplar y santas costumbres que de estos religiosos tenemos, habemos determinado enviar algunos escogidos varones de ella á nuestras Indias Occidentales, porque esperamos que su doctrina y ejemplo haya de ser de gran fruto para nuestros súbditos y vasallos, y que hayan de ayudar grandemente á la instrucción y conversión de los Indios, por lo cual de presente os enviamos y encomendamos al P. Dr. Pedro Sánchez y á otros doce compañeros suyos de la dicha Compañía, que van á echar los primeros fundamentos de su Religión en esos nuestros Reinos. Siendo, pues, nuestra resolución ayudarlos en todo, vos mando que habiendo de ser esta obra para servicio de Dios y exaltación de su santa fe católica, que luego que los dichos religiosos llegaren á esa tierra, los recibais bien y con amor, y les deis y hagais dar todo el favor y ayuda que viédeses convenir para la fundación de la dicha Religión, porque mediante lo dicho hagan el fruto que esperamos. Y para que mejor lo sepan hacer, vos los advertireis de lo que os pareciere, como persona que entiende las cosas de esa tierra, señalándoles sitios y puestos donde puedan hacer casas é iglesias á propósito, etc.»

Con palabras de tanta ponderación, como las referidas, encargó el católico y prudentísimo Rey Felipe II (cuidadoso siempre del bien de sus Reinos), la Compañía de Jesús que venía á fundar en este amplísimo Reino de la Nueva España, y obligó á la misma Compañía á emplearse toda en su mayor utilidad y provecho, como con la divina gracia lo ha procurado, y se echará de ver por todo el discurso de la historia. Con esto, habida licencia, se despidieron del Virrey el Padre Provincial y sus compañeros. Presentáronse luego al Dean y Cabildo de la santa Iglesia Sede vacante, que por muerte del Sr. D. Fray Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, gobernaba el Arzobispado; fueron recibidos con grandes muestras de amor y benevolencia de los

señores Prebendados, estimando en mucho, como ellos lo decían, tener en su ciudad y Reino Religión de su hábito con que honrarse, y ofrecieron con mucha alegría todo favor á los nuestros. Del Regimiento de esta gran ciudad, en que había personas de mucha autoridad, fueron también recibidos con igual estima y voluntad. El aplauso y alegría con que los demás vecinos y pueblo miraban á nuestros Padres, era tal, que cuando salían del hospital, salían ellos á sus puertas y ventanas á verlos, y alegrarse con su llegada y presencia.

### CAPITULO XIII.

SON VISITADOS LOS NUESTROS EN EL HOSPITAL,

DE VARIAS PERSONAS DE LA REPÚBLICA, CAEN ENFERMOS

Y MUERE UNO DE ELLOS,

CUYAS SINGULARES VIRTUDES AQUÍ SE ESCRIBEN.

En el capítulo antecedente dejamos á nuestros religiosos ya hospedados en el insigne hospital del Marqués del Valle, y presentados ante el Virrey D. Martín Enríquez y al Ilustrísimo Cabildo Sede vacante. De donde vueltos á su posada de pobres, fueron visitados y recibieron muchos parabienes de su llegada de las personas más graves de la ciudad. Y en esto tuvieron los primeros lugares todas las sagradas Religiones, cuyos Prelados mostraron tanto amor á los de nuestra Compañía, como si fueran de un mismo hábito é Instituto, holgándose de ver nuevos obreros que les ayudasen á llevar adelante la obra del Señor, que ellos con tan grandes ejemplos de religión habían comenzado. Que ciertísimo es, que las sagradas Religiones que han pasado á este Nuevo Mundo, han sido los instrumentos que tomó Dios para el estado felicísimo de cristiandad de que goza. Con emulación ofrecían sus conventos y casas á los de la Compañía, y los que más en particular se señalaron en esta tan religiosa benevolencia, fueron los Padres de la sagrada Religión del gran Doctor de la Iglesia San Agustín, cuyo Provincial, muy señalado en letras, famoso predicador y columna de su Religión, Fray Juan Adriano, tenía en su convento aderezado un cuarto para recibir y hospedar á los nuestros con toda caridad y regalo. Ayudaba también á esta benevolencia tan singular otro varón señalado de la misma Religión, llamado Fray Melchor de los Reyes, persona de insignes letras, púlpito, gobierno y santidad, el cual, aun antes de llegar la Compañía á México, movido de su mucha religión, predicando un día había publicado de nuestros religiosos, de su instituto y ministerios, tales elogios y alabanzas, que había encendido deseos en el pueblo de vernos ya y tenernos consigo. Agradeciéndose la grande caridad y oferta de los religiosísimos Padres agustinos, como era razón, y no se admitió ni se mudaron los nuestros del hospital, pareciendo por entonces ser suficiente esta morada mientras se dispusiese otra, por no andar mudando posadas. El Cabildo de la Iglesia envió dos de sus principales Prebendados con muy



liberal oferta para cuanto los Padres hubiesen menester, y lo mismo hizo el Cabildo secular y Regimiento. Muchos también de la nobleza de la ciudad los visitaron con grandes demostraciones de amor y benevolencia, y uno de ellos envió luego de limosna dos piezas de paño, que para el vestuario de los nuestros eran menester, y de que tenían harta necesidad.

En medio de esta prosperidad quiso Nuestro Señor visitarlos con trabajos como á siervos cuya gloria es el padecerlos con paciencia. *Gloriamur in tribulationibus*, decía San Pablo. Dos días después que llegaron nuestros Padres al hospital, casi todos cayeron enfermos, y apenas quedaba uno ú otro en pie para servir á los demás. Originóse la enfermedad del trabajo de la navegación y de los caminos y mudanza de temple, y fué enfermedad ésta que cogió á todos los que habían venido en la flota, de los cuales murieron muchos. El Santo Tribunal de la Inquisición mostró muy bien en esta ocasión la benevolencia y caridad con que había recibido á los de la Compañía, y su primer Inquisidor y fundador D. Pedro Moya de Contreras, vino luego en persona al hospital, y visitó á cada uno de nuestros enfermos en sus camas, donde estaban gravemente caídos, abrazándolos con grande caridad y amor, como si fuera padre de cada uno. Al Padre Provincial Pedro Sánchez apretó mucho la enfermedad y le puso á peligro de la vida, que todos sentían mucho por la falta que hiciera tal Padre y varón de tanta importancia. Muchas personas de la ciudad les hacían limosnas y enviaban regalos con grande caridad. En ésta se señaló mucho el Cabildo de la santa Iglesia, que con grande magnificencia los multiplicaba, y de que les cabía mucha parte á los demás enfermos del hospital, porque el Padre Provincial tenía ordenado que todos los regalos que se trajesen se llevasen al Mayordomo del hospital y enfermería. A curar á nuestros enfermos acudieron con grande voluntad los dos más insignes médicos de la ciudad, en particular el Dr. Fray Agustín Farfán, de la sagrada Religión de San Agustín, que no se quitaba de la cabecera de los enfermos, muy conocido por el libro de su arte, que para mucho bien de pobres dejó escrito. Y no debo dejar de decir aquí, que llegó la benevolencia y amor de las sagradas Religiones á ser tal, que en sus conventos y santas oraciones, con mucho cuidado encomendaban á Nuestro Señor la salud de nuestros enfermos.

Pero no obstante que recibían tanta caridad y regalo, como hemos visto, y el Virrey de su parte mandaba y ordenaba que no les faltase nada de cuanto fuese menester para su cura, estuvieron muy apretados de la enfermedad, y de ella quiso Dios Nuestro Señor llevarse al P. Francisco Bazán, sujeto de grande religión y ejemplares virtudes, de las cuales por haber sido señaladas, y por haber sido el primero que de la Compañía murió en esta Provincia, es razón que hagamos aquí mención. Fué este Padre natural de Guadix en el Reino de Granada, y de la ilustre familia de los Marqueses de Santa Cruz. Siendo seglar, resplandecía en él una modestia y honestidad virtual, acompañada de grande humildad y caridad; llamóle Dios á la Religión, escuela que es donde se aprende la perfección de las virtudes, y para aprovechar más en la que él tanto amaba, y que es el fundamento de las demás, la humildad de Cristo, determinó mudar de patria, y disimular su ilustre linaje, y pasándose adonde no fuese conocido,

escoger allí la religión que Dios le encaminase, y con esta determinación se fué á la Provincia de Castilla. Y para conseguir su pretensión y deseo santo de humillarse, mudó el nombre ilustre de Bazán, en el de Francisco de Arana, y se resolvió á entrar en la Compañía, no para sacerdote, sino para el grado de coadjutor temporal, disimulando también el haber estudiado Teología. Fué recibido en la Provincia de Castilla debajo de esta disimulación, y sirvió en la Religión algunos años en los oficios más bajos y humildes, dando singulares ejemplos de virtud, en especial siendo cocinero algunos años, y ejercitando ese oficio como si en él se hubiera ocupado toda su vida, olvidando al mundo y á sí mismo. Pero por más que él se escondió, no quiso Dios que esta luz estuviese encerrada en la cocina, porque pasado ese tiempo y sabiéndose en la Compañía la persona que era, y cómo estando en el siglo había estudiado y salido muy aprovechado en sus estudios, y viendo el raro ejemplo de virtud que había mostrado en los oficios más humildes de la religión, sacándolo de la cocina (aunque con repugnancia suya) le hicieron ordenar de todas órdenes, y siendo sacerdote y conociendo los superiores en él un insigne celo del bien de las almas y talento de púlpito, lo enviaron en misión al Reino de Galicia y á otras partes de que se cogieron grandes frutos. Estando ocupado en este santo ministerio, fué señalado para la misión de la Nueva España con los que venían á fundar en ella la Compañía, asignación que él aceptó con lágrimas de alegría. En la navegación y navío en que venía (porque ya dijimos, que á petición de los que gobernaban la flota, se repartieron los nuestros en varios navíos), en el que venía el P. Bazán con otro hermano, que fué la Almiranta, llena de trescientos soldados y pasajeros, fué notable el fruto que hizo. Todos los días en el castillo de proa, juntos los soldados y marineros, después de comer, enseñaba y explicaba la doctrina cristiana; el resto de la tarde se ocupaba en leer, ya á unos, ya á otros, algún libro espiritual á que los convidaba. A la noche oía de confesión á los que se querían confesar, y muchos habían entrado en tanta devoción, que lo hacían de ocho á ocho días. En este tiempo aún no estaba introducida la costumbre como hoy está, de decirse Misa en los navíos, y así (como ya se dijo), dejaban las comuniones para cuando llegaban á algún puerto, y como iba la gente tan bien dispuesta, todos recibían el soberano Sacramento, y se iban aficionando á esta santísima devoción, de que el P. Bazán quedaba muy consolado. Era notablemente afable y apacible con tan religiosa gracia, que cautivaba los corazones de todos y componía cualquiera diferencia ó discordia que se ofrecía. Para los necesitados y enfermos tenía tal caridad, que lo ordinario era enviarles su propia comida, procurándolo hacer con tal secreto, que no le diesen otra á él, y así se quedaba sin comer no pocas veces. En particular, tenía esta devoción los jueves, ofreciéndola en honra y veneración del Santísimo Sacramento, que se instituyó ese día. Con esta doctrina y ejemplos del P. Bazán, iba la gente de mar y guerra del navío con tal concierto, devoción y recogimiento, que más parecían religiosos que hombres seglares, como lo dejó escrito el religioso que iba en su compañía. Estos fueron los frutos de los ministerios santos de este religiosísimo Padre, que quiso Dios Nuestro Señor llevarse por primicias de la Compañía en la Provincia de Nueva España, y quiso que muriese en un hospi-



tal, conforme al espíritu de humildad y pobreza santa que el mismo Señor le había comunicado, pagándole luego los santos trabajos de la navegación y los deseos que traía de emplearse todo en este Nuevo Mundo en bien de las almas. Los nuestros sintieron mucho la falta de tan santo compañero, y trataban de enterrarlo á la sorda; pero sabiéndolo la Clerecía de la Iglesia mayor y Parroquia, acudieron todos á celebrar sus exequias en la Capilla de la Iglesia mayor. Vistiéronle un ornamento sacerdotal rico, y con resistencia de los nuestros le enterraron con él; dijo la Misa un Prebendado, y concurrió la nobleza de la ciudad á su entierro, que fué en la Iglesia del mismo hospital, junto al altar mayor.

## CAPITULO XIV.

### CONVALECEN NUESTROS ENFERMOS

#### Y COMIENZAN

Á EJERCITAR EN EL HOSPITAL DONDE ESTABAN, SUS MINISTERIOS,  
CON GRANDE FRUTO,

Y ESCRÍBENSE ALGUNOS ANUNCIOS MARAVILLOSOS QUE HUBO  
DE ELLOS.

Habiendo sido la enfermedad que los nuestros habían padecido rigorosa, pareció á los médicos que para acabar de convalecer, debían salir por algunos días á puestos más saludables. Ofreciólo muy á propósito con mucha voluntad y cuanto regalo hubiesen menester á los convalecientes, un canónigo de la santa Iglesia de Michoacán, llamado Diego Caballero Bazán, en el pueblo de Santa Fe á dos leguas de México, lugar de muy saludables aguas y temple, donde el santo Obispo D. Vasco de Quiroga (de quien adelante haremos más larga mención) fundó un hospital, cuya administración pertenece á la Catedral de Michoacán. Aquí visitó á los nuestros el reverendísimo D. Fray Diego de Chávez, religioso de la Orden de San Agustín, electo Obispo de la misma Iglesia, varón santo y celosísimo del bien del Obispado para que estaba electo, deseó y pretendió llevar algunos de nuestros Religiosos; pero esto no tuvo efecto: lo uno, por dar primero asiento á la fundación de México, y lo otro, porque quiso Nuestro Señor llevarle para sí y premiar sus excelentes virtudes, que fué pérdida grande para aquel Obispado.

Convalecidos nuestros Religiosos con la mucha caridad y regalo que les hizo el canónigo de Michoacán, se volvieron á su hospital y posada, y con deseos de dar principio y poner manos á la obra para que Dios les había traído á las Indias, comenzaron á ejercitar sus ministerios de predicar y confesar en la Iglesia del mismo hospital, que era muy capaz y acomodada. El P. Diego López, que venía señalado por Rector del Colegio que en México se fundase, y del raro talento en el púlpito que habemos dicho, comenzó á predicar y acudía á sus

sermone toda la ciudad, con tal concurso que no cabía la gente en la Iglesia, y se quedaba mucha en la calle y patio del hospital. Predicaba con tal fervor de espíritu, que movía notablemente á sus oyentes á tratar muy de veras del aprovechamiento de sus almas, en particular á la frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión, que la Compañía en las partes donde ha entrado, ha procurado siempre introducir y enervorizar con ejercicio tan importante, y por medio del cual podemos decir, que no sólo se renueva la costumbre de la primitiva Iglesia, sino que se puede renovar el mundo entero, pues la misma sangre que redimió al mundo, esa se reparte á los hombres en estos divinos sacramentos, y á ellos se iban ya de tal suerte aficionando los ciudadanos de México, que no sólo nuestros sacerdotes en el hospital tenían ordinariamente gente que confesar, sino que otros muchos acudían á los conventos de las demás religiones. Y no pocos daban principio á un nuevo fervor y mudanza de vida, haciendo confesiones generales de toda ella. Los trajes se reformaron y muchos venían á comunicar sus tratos y contratos para asegurar en ellos sus conciencias, porque como en tierra tan rica y de tanta plata, siempre se ofrece cosa que componer en estas materias.

Aunque los nuestros se ocupaban en estos ejercicios espirituales, no se olvidaban de otros corporales y de caridad cristiana con los enfermos; acudían á consolarlos y servirlos, haciéndoles las camas, y en todos los demás oficios más humildes que en un hospital se ejercitan. La juventud de esta grande ciudad (aunque la Compañía no había abierto escuelas, ni tenía casa propia para ellas, pero con la voz que ya había corrido de que los nuestros en España se ocupaban en el ministerio de enseñar las letras y doctrina cristiana), reconociéndolos ya por sus maestros, venían á verlos con mucha frecuencia, y no se desviaban de su lado, y cuando era menester acudían á las doctrinas.

Y será bien referir aquí un caso maravilloso que por este tiempo se manifestó; y de su verdad, hasta nuestros tiempos hay cierta noticia confirmada de testigos, que la oyeron á los que vivían en el tiempo que sucedió, y fué el caso que seis meses antes que los de la Compañía llegaran á México, muchos de sus ciudadanos oían á las noches, después de tocar las Ave Marías, unas voces que no podían ser sino de ángeles, que cantaban al modo que en las doctrinas que por las calles saca la Compañía, cantan los niños las oraciones. Y aunque cuando se oían en México aquellas voces del cielo no entendían lo que aquello significaba, pero cuando llegaron los nuestros y dieron principio á este santo ministerio (tan propio de la Compañía donde quiera que está), cayendo en la cuenta de la significación de aquellas voces angelicales, decían: «estas eran las voces y cánticos que oíamos, esto era lo que nos querían decir y anunciar los ángeles, dándonos parabienes de que había de venir á nuestra tierra la Compañía de Jesús.» Y esto lo notaban más en particular las personas que habían venido de España y en ella habían oído el canto de las doctrinas que allá se usaban. Y no es de maravillar que los ángeles hiciesen alegrías por el ministerio santo de cantar y enseñar la doctrina cristiana en los pueblos, porque lo cierto es y la experiencia nos ha enseñado, que son admirables los frutos y abundantes los provechos que de este santo ejercicio se cogen, y que causan alegría á los espíritus bienaventurados. De todo lo cual se daban parabienes los vecinos de México, y se



encendían más sus deseos y afectos de que ya fundase la Compañía en su ciudad y tuviese en ella propia morada de asiento.

Y digno es de juntar al caso que se ha contado, otro bien señalado, que aunque pasó años después, lo escribiremos aquí por ser confirmación del pasado, y sucedió en esta misma Provincia el año de 1596. Habiendo llegado nuestros Padres misioneros (de quienes hice mención larga en la Historia de los triunfos de la Fe) á la tierra de una nación bárbara de las muchas que se convirtieron, en un monte de esta tierra donde era adorado el demonio en ídolos que allí había, salían horrendos ahullidos y gemidos como de quien se quejaba y lamentaba, y tales, que causaban horror á los que los oían. Y declarando el demonio á un Indio familiar suyo la causa de sus gemidos y llanto, le dijo que era porque habían llegado aquellos Padres á su tierra, cuyo ejercicio no era otro que enseñar la doctrina cristiana, y esa era la causa de su tormento. De donde sacamos que lo que era alegría para los ángeles en México, eso mismo era en esta otra tierra tormento para los demonios. Y demás de eso hallamos confirmada la verdad de los frutos de la doctrina cristiana y ministerios que nuestros religiosos ejercitaban, y publicaba esa ciudad no sólo por los ángeles, sino por los mismos demonios, que aunque mal de su grado la confesaron. Y ejercitándose, pues, nuestros religiosos en estos ministerios mientras se hospedaban en el hospital, aguardaban que Nuestro Señor les dispusiese su casa y morada de asiento, como se dirá en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XV.

OFRÉCESELES SITIO Á LOS DE LA COMPAÑÍA  
PARA SU MORADA, ADMÍTENLO Y DISPONEN EN ÉL SU POBRE CASA,  
DONDE COMIENZAN Á EJERCITAR SUS MINISTERIOS.

Aunque nuestros religiosos ejercitaban (como se ha dicho) los ministerios propios de la Compañía en el hospital, pero no era con la comodidad de puesto que ellos piden y habían menester, y así deseaban, sin ser molestos, que se les ofreciese puesto acomodado para su morada y religiosa vivienda, y fué cosa particular y notada de los mismos Padres, que aunque la ciudad de México les mostraba tan grande amor y estimación como la que se ha dicho, con todo, no había quien saliese á ofrecer puesto ni comodidad alguna para dar principio á fundación ó propia morada de la Compañía, y ellos (como huéspedes pobres y nuevos en la tierra) no sabían el medio que debían tomar para disponerla; del que se valieron fué encomendar muy de veras á Nuestro Señor este intento, ofreciendo misas, oraciones y otros ejercicios espirituales, pidiendo se sirviese disponer de su mano este negocio. Y bien entendieron que la tardanza de los de la ciudad en acomodarlos, la ordenaba Dios para que pusieran toda su confianza en el Señor que los había traído de España á las Indias y que no les

faltaría su Divina Providencia, como muy presto se vió y sucedió de esta suerte.

En el capítulo quinto pasado se dijo cómo un caballero muy noble de México, llamado Alonso de Villaseca (de quien será forzoso, por muchos títulos, hacer honorífica mención en varias partes de esta historia), hizo diligencias en España para que nuestros religiosos viniesen á su costa y expensas á México, y no lo consiguió porque la Majestad del Rey Felipe II lo había ya mandado, ordenado y dispuesto. Pues el noble caballero, acordándose de sus antiguos deseos y viendo que ya los de la Compañía estaban en México y desacomodados de vivienda, hallándose indispuesto y enviando á los nuestros, que estaban en el hospital, cien pesos de limosna (que fué la primera que recibieron en dinero), pidió que le fuese á ver el Padre Provincial Pedro Sánchez; fué á visitarlo, y díjole que lo que quería tratar y comunicar con su Reverencia, era que en México, cerca de sus casas principales, tenía unos solares, que aunque casi estaban despoblados, pero que si eran á propósito para los nuestros los donaba desde luego, y que se pasasen á ellos. No fué más que ésta la oferta presente, sin tratar aquí de fundación ni de otra ayuda ó socorro, pero éste fué principio de las grandes liberalidades y caridades que con el tiempo nos fué haciendo este caballero, y de que jamás tendrá olvido nuestra Compañía. El Padre Provincial, aunque entendió que el puesto de los solares estaba muy poco acomodado y corto de vivienda, pero no ofreciéndosele otra de presente, y por no parecer desagradecido á persona que había mostrado tanto afecto á la Compañía, aceptó la oferta confiando en Dios que les ayudaría para poder edificar algún género de religiosa morada y vivienda, porque el solar estaba entonces casi desierto, y es el mismo en que hoy está el grande Colegio de México, que para tanta gloria de Dios y bien del Reino (como adelante se verá) está fundado. Que bien supo Dios echar los fundamentos de su Iglesia santa en el portalico de Belén, y bien parecido le era el solar que en esta ocasión á la Compañía de Jesús se le ofreció, porque no había en él más de una casa pobre, corta y desabrigada, con unos patios donde paraban carros de las haciendas del caballero que la donó. El día siguiente á la oferta, se pasaron los nuestros del hospital á este puesto en secreto, por excusar pleitos del privilegio de las cannas que tienen las sagradas Religiones mendicantes, y con todo, hubo alguna contradicción de parte de la más cercana, la cual se compuso presentando los nuestros el privilegio que también tiene la Compañía de estar exenta de las cannas que guardan las demás Religiones, por razón de no llevar la nuestra pitanza de misas ni derechos de entierros que pueden estorbar los derechos que santamente, según su instituto, gozan las demás sagradas Religiones. Y así nuestros Padres, habiéndose pasado á su pobre solar, en el lugar más decente que hallaron en él compusieron un altar con los pobres ornamentos que habían traído en la navegacion, y tan pobres que el cáliz era de estaño, y de ese precio era lo demás. Díjose muy temprano la primera misa, tocando una campana prestada, con que quedó tomada la posesión de lugar y puesto, donde tan grandes ministerios se habían de ejercitar, como los que hasta el día de hoy se ejercitan para bien de innumerables almas que en este santo Colegio se han criado, y en virtud y letras se han doctrinado. Acudió luego mucha gente noble de la ciudad y del